

CON LA SANGRE DE NUESTROS REYES

Lo único que diferencia a las sociedades maduras, en grado perfecto de civilización, de aquellas otras que no han alcanzado la madurez, es poseer un ordenamiento jurídico y utilizarlo como mecanismo de su normal y pacífica convivencia.

Esta esencial exigencia de ordenación se extiende también, y muy particularmente, al acontecer político, a los movimientos y acciones políticas de los ciudadanos, que deben producirse encauzados en una legalidad. Esta legalidad se define en cada país según las peculiaridades y circunstancias de su momento histórico, en sus leyes o normas constitucionales. E incluso la posible evolución de su normativa política fundamental, de su constitución, debe hacerse de acuerdo con los requisitos establecidos para modificarla. Cualquier otra postura desembocaría en estériles pugnas, lamentables algaradas y caos político.

Cuando comenzaron los debates para la aprobación de la Ley Orgánica del Estado, y mientras eran analizados sus preceptos, ABC, en sus informaciones, en sus comentarios editoriales e incluso en las "crónicas parlamentarias", firmadas por su director, colaboró en la discusión del proyecto de Ley, expresando, libremente, su criterio favorable o adverso sobre todas y cada una de las normas propuestas, con el solo afán y claro propósito de aportar una contribución opinativa al logro de la ordenación constitucional mejor. Pero, una vez concluidos los debates y promulgada la Ley, ABC la acató.

De acuerdo con las normas constitucionales españolas vigentes, el Jefe del Estado va a proponer a las Cortes, y éstas decidirán en consecuencia, la designación de un sucesor.

Inmensos sectores del país han acogido con evidente y grande sensación de alivio la decisión del Jefe del Estado, al usar el inmenso peso de su particular circunstancia histórica en el acto de designación en vida de un sucesor.

El máximo riesgo, el riesgo tremendo del Régimen que salvó a España y proporcionó al país una prosperidad económica como jamás tuvo, y un desarrollo de justicia social asentado sobre bases sólidas, y una promoción del nivel de vida que ha alcanzado a todas las clases y estamentos; el gran peligro, decimos, era el riesgo de la discontinuidad, de la interrupción en la normal evolución política.

Este peligro amenazaba al país con la pérdida, subitánea, a la impensada vuelta

de cualquier viraje político de todo lo mucho conseguido en prolongadas décadas de paz. A la preocupada imaginación de esta posibilidad se debe el reflejo de alivio, con el cual afrontan hoy los españoles su porvenir, anunciada la designación de un sucesor.

Aunque se desconoce el mensaje del Jefe del Estado a la nación, hay sobrados elementos de juicio para saber que la designación recaerá en el Príncipe Don Juan Carlos de Borbón, hijo único varón del Conde de Barcelona, a su vez depositario de los derechos hereditarios, por haber abdicado a su favor, meses antes de su muerte, Su Majestad el Rey Don Alfonso XIII.

Conocedores de las sobresalientes condiciones personales del Príncipe Don Juan Carlos de Borbón, de su profundo y estricto sentido del deber y de su gran amor a España, pedimos a Dios que ilumine sus pasos en el difícil camino del más sacrificado servicio a la grandeza de la Patria.

Nacido el Príncipe Don Juan Carlos en una familia que es centro de clarísimas virtudes cívicas y cristianas, ha recibido directamente de su padre, el Conde de Barcelona, la ejemplaridad del espíritu de servicio, del abnegado cumplimiento del deber, la noción exacta de sus altas responsabilidades y el sentimiento de un acendrado patriotismo.

Hecha sincera súplica a Dios por el Príncipe, nuestro corazón y nuestro pensamiento se vuelven, con entrañable emoción, hacia esa pequeña villa, de españolísimo nombre, donde, en un pueblecito portugués, vive, desde hace tantos años, en apartamiento sobrellevado con ejemplar entereza, el hombre de quien Don Juan Carlos ha recibido la enseñanza y ejemplo de las más altas virtudes y quien, por el hecho, excelso siempre, de la paternidad, le ha transmitido la sangre de nuestros Reyes.